

# Contextos espacial y temporal de la batalla de Lepanto \*

Laura López \*\*

Dice Fernand Braudel "el Mediterráneo es una antiquísima encrucijada. Desde hace milenios todo ha confluído en él, complicando y enriqueciendo su historia: hombres, animales de carga, vehículos, mercancías, naves, ideas, religiones, modos de vida. . ." (Braudel, F., 1985). Es indudable que el mar Mediterráneo no se ajustaba a la medida del hombre del siglo XVI, que dominaba, a duras penas, su espacio excesivo. El resultado de ello quedó demostrado en la lentitud del transporte tanto de hombre como de mercaderías, en los problemas de abastecimiento de alimentos, en la demora del correo y, sobre todo, en el retraso ocasionado en la aplicación de cualquier medida económica o política. Es dable afirmar entonces, que la lucha contra la distancia resultó una cuestión vital, especialmente en lo que se refiere a la gobernación de los imperios de este siglo. Tanto el Imperio Español, gigantesca empresa de transportes por mar y tierra, como el Imperio Turco, libraron una constante lucha contra el espacio. Ello se debió a la necesidad de desplazamientos de tropas, de transmisión de órdenes y de noticias, todos estos lazos silenciosos pero vitales en ambos imperios.

Desde el punto de vista humano, existió también un marcado desequilibrio en la relación espacio-hombre. Los aproximadamente 60 millones de habitantes<sup>1</sup> estimados para aquellos tiempos debieron haberse repartido en un espacio demasiado vasto y difícil de dominar. Como resultado de ello había, entonces, verdaderos desiertos humanos. La aridez natural y el alto grado de concentración humana, daban a la población un carácter de oasis, que sigue siendo uno de los rasgos característicos del Mediterráneo actual.

Resulta válido afirmar que, de la complicidad de la geografía y la historia, quedó delineada una frontera central de costas e islas que de Norte a Sur corta-

\* Este trabajo fue presentado en la Facultad de Historia y Letras (US), como aporte al estudio de casos históricos sobre las consecuencias que para las naciones implica la pérdida del acceso a nuevas rutas comerciales.

\*\* Profesora de Geopolítica de la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador.

<sup>1</sup> Valor obtenido de algunas aproximaciones posibles y aceptables para los siguientes países: Italia, España, Portugal, Francia y el Imperio Turco. Para el resto de los países mediterráneos la ausencia de datos seguros es casi total.

ba al mar en dos universos distintos y hostiles. Surgió así, el trazado de un límite imaginario desde la Isla de Corfú y el Estrecho de Otranto, pasando por Sicilia y terminando en las actuales costas de Túnez. No es de extrañar que dicha bisagra o zona de confluencia de los "dos mares" fuera la línea principal de los combates pasados comprendidos desde el reinado de Fernando el Católico hasta el de Felipe II. Entre ellos están: Trípoli (1511-1551), Djerba (1510-1520-1560), Túnez (1535-1573-1574), Bizerta (1573-1574), Malta (1565), Modon (1572), Lepanto (1571), Corón (1534), La prevesa (1538), etcétera. Quedan entonces bien establecidas dos zonas de dominio: la occidental para el imperio español y la oriental para el imperio turco (Fig. 1).

Por otro lado, es necesario destacar, que estos dos Mediterráneos, gobernados por dos amos enemigos, son física, económica y culturalmente distintos; cada uno constituye una zona histórica diferente. A pesar de ello, estos dos conjuntos marítimos se comunicaron y relacionaron entre sí, pero tendiendo siempre a conservar su autonomía y sus propios circuitos.

El sector oriental fue poco a poco dominado por los Turcos Otomanos gracias a la decadencia del Imperio Bizantino. Del mismo toman como bastión más importante a la ciudad de Constantinopla en 1453, poseedora de una ubicación ventajosa en el cruce de los caminos más importantes del momento. Si bien es cierto que la política de expansión turca giraba en torno al Mediterráneo, no eran menos importantes sus intentos de avance y conquista sobre el centro del continente europeo. En ese plano sus aspiraciones se vieron frenadas cuando en 1529 intentaron tomar Viena y fueron vencidos por los hombres de Carlos V. Durante otro siglo y medio se libraron luchas tratando de conquistar Hungría, pero lo cierto fue, que el Imperio Otomano había alcanzado una línea que era incapaz de rebasar. Al no tener éxito en esta empresa volcaron todos sus intereses en una política de expansión mediterránea más agresiva y continua. Para ello contaron con poderosos aliados como los célebres Barbarroja del Norte de África. Estos les brindaron una inigualable posición estratégica para atacar al comercio español que circulaba por el sector occidental del Mediterráneo.

Por otro lado, Felipe II, monarca del imperio español, decidió continuar con la consigna establecida anteriormente por Carlos V: "pax inter christianos, bellum contra paganos". Para ello resolvió emprender una serie de operaciones contra los piratas africanos y contra los turcos desde el mismo año 1560, al mismo tiempo que se aseguraba la paz entre los cristianos europeos a través de una política exterior aplicada con suma prudencia y sutil diplomacia.

De esta superposición de intereses políticos, comerciales y religiosos surge lo que puede denominarse como "la Guerra del Mediterráneo", contienda habitual, no declarada; una guerra de verano con descanso en los inviernos, secular y rutinaria (Comellas, 1975). En 1565, los turcos tomaron la iniciativa atacando

la isla de Malta, punto clave en el cuello que une ambos "mediterráneos". Esta contienda no sólo significó una derrota militar turca, sino que resultó ser el hecho que marcó la definitiva hegemonía española sobre el Mediterráneo occidental.

Hacia el año 1570 otro golpe puso en conmoción a todo occidente, cuando la flota turca ataca el último bastión cristiano en el extremo oriental del Mediterráneo: la isla de Chipre. En respuesta a ello, se formó la Santa Liga, constituida por España, Venecia, los Estados Pontificios y Génova. La expedición de dicha Liga fue comandada por Juan de Austria, quien el 7 de octubre de 1571 entra en el golfo de Lepanto y vence a la escuadra turca en la batalla homónima. A pesar de esta sensacional victoria cristiana, el otoño se aproximaba y ya no era posible lanzarse sobre Constantinopla o tratar de liberar los Santos Lugares. Algunos autores, como L. Serrano, ven en Lepanto una colosal victoria sin frutos ulteriores, ya que no se la supo o se la pudo aprovechar. Otros, como F. Braudel, estimaron que ya había sido fruto suficiente el que el Mediterráneo quedase convertido en un mar cristiano y que la decadencia turca se precipitase entonces sin remedio (Comellas, 1975). Si bien es cierto que Lepanto resultó ser el punto final para las aspiraciones marítimas de los turcos, también lo fue el hecho de que el colonialismo ibérico abriera los caminos oceánicos de la conquista y del poder, señalando con ello el inicio de la gran competencia económica en busca de nuevos recursos y mercados. De esta manera se sacó al comercio de sus estrechos límites en la zona del Mediterráneo y se lo transformó en una empresa mundial, quedando el sector oriental de dicho mar, convertido en un "estanque". Por otro lado, otra importante consecuencia de la expansión marítima europea fue la difusión universal del cristianismo, en especial de la doctrina católica.

En cierta medida podemos deducir que con la Batalla de Lepanto se terminó de conformar un cerco, invisible pero real, para los otomanos, que no pudo romperse a pesar de posteriores intentos. Dicho cerco quedó determinado por la imposibilidad de avance hacia Europa, Asia Central, India, por la pérdida del control sobre el Mediterráneo y por la invasión de naves portuguesas en aguas del Océano Indico, que otrora fuese de su exclusivo dominio. Esta tendencia al "aislamiento" fue percibida por los propios protagonistas de los hechos aún antes de manifestarse con demasiada claridad. Así, hacia 1580, un geógrafo otomano, en un informe escrito para Murad III, exhortaba de los peligros para las tierras islámicas y de la perturbación que para el comercio del Islam se seguiría del establecimiento de los europeos en las costas de América, India y el golfo Pérsico. Dicho geógrafo aconsejaba al sultán que abriese un canal por el istmo de Suez y enviara una flota para apoderarse de los puertos de Hind y Sind (India) y expulsar a los infieles. Hacia 1625 otro observador otomano, Omer Talib, veía el peligro en forma más inminente. Aseguraba que los europeos co-

